

CRÓNICA DEL ESPAÑOL PASMADO

Érase un español cualquiera, uno de los muchos que viven semiahogados en mínimos pisos, con máxima hipoteca, construidos en monstruosos bloques; un español que se levanta con el sol, sube al abollado auto, al metro o al autobús para ir al distante trabajo y que regresará, ya de noche, desganado y deprimido, después de pasar por dos o mas actividades complementarias que le permitirán, algún dia, una mejor vivienda y un par de semanas al año en la playa, para que la parienta, las hijas y la suegra se tuesten bajo un sol inmisericorde. Ronda los cincuenta o tal vez los rebasa. Entre sus recuerdos se encuentran los de una niñez de escaseces y sucias y frias escuelas.

Ya mediados los cincuenta, el primer penoso trabajo, sin duda prematuro y mal pagado, pero también algo bello: la explosión vital de la juventud, que ni las terrorificas predicaciones de la época, lograban contener. Lo prohibido y furtivo, como siempre ocurre, prestaba un emocionante sabor, aún añorado, a los diversos escarceos amorosos.

Llega en el periodo de los 60, con el turismo masivo, los Lópezes tecnócratas y sus planes de desarrollo, que convertirian al pais, según dicen, en la undécima potencia industrial del mundo. Pero al españolito medio sólo le traen pluriempleo con el que poder adquirir el 600, la televisión y los electrodomésticos, que dan a los hogares un desconocido aire de modernidad. En este prodigioso decenio, los campus universitarios son testigos de correrias y algaradas estudiantiles, que terminaban con algunos revoltosos en calabozos de la Comisaria, hasta que el influyente papá los sacaba y, si la cosa era mas seria, los enviaba a Londres, tal vez con beca,

por aquéllo de la igualdad de oportunidades. Méritos éstos que, mas tarde, serian rentables para conseguir una cartera ministerial o algún otro sabroso puesto.

Y por fin aparece, como la primavera, espléndida y prometedora, la democracia. Atrás quedan oscuros años sin horizontes, con sus turbios negocios y escondidos dramas. La libertad hace explosión en ruidosas manifestaciones para los mas varios e impensados fines: legalización de la droga, del aborto, amnistías y un largo etcétera. La derecha moderna, conductora de la transición acaba, como siempre devorándose a sí misma. Y el pueblo soberano, que gusta y desea cambios, entrega el poder^{cu} a los otros, a los que ni lo soñaban, pese a sus difusos ideales éticos y de justicia.

El españolito gris, antes agobiado de trabajo con cortas remuneraciones, ahora al borde del paro, observa atónito el cambio. De la calle se apoderan rateros, maleantes, mendigos y drogadictos. En las finanzas se desata una sorda lucha con sus buenas dosis de sexo: entre opas hostiles, gabardinas gemelas y peinados con fijador, se mezclan las no muy ocultas zonas íntimas de aristocráticas y achinadas féminas.

A la forzada austeridad de los opacos años del pasado, sigue un alegre despilfarro, semejante al de los nuevos ricos, que el inefable Secretario de Hacienda se encarga de financiar, con enérgica presión sobre los bolsillos ajenos. Una especulación desaforada se desata y un súbito afán de enriquecimiento se apodera, como un virus, de quiénes por situación, parentesco u otras circunstancias, tienen posibilidad de traficar con cualquier cosa, material o inmaterial, divina o humana. Un despacho con varias líneas telefónicas, rinde mas que cualquier complicado y costoso complejo industrial. Surgen, como hongos en tierra apropiada, listillos, avisados, vividores y correveidiles. El pais se convierte en un inmenso patio de Monipodio,

como en la mejor Sevilla de la picaresca. Prenafetas, Naseiros, Juanes Guerra, Rinconetes y Cortadillos, proliferan por todos lados en progresión geométrica.

Y el español de la mayoría silenciosa, sufrido y trabajador; el español de esta crónica -cuyo título plagiamos del admirado Torrente Ballester-, al contemplar el insólito panorama, queda pasmado, totalmente pasmado. Se pregunta si no habrá hecho el tonto a lo largo de su vida creyendo, como le enseñaron, que el trabajo, la honestidad y otros valores morales, eran los que daban sentido y dignidad a la persona. Porque, con todo lo que ocurre a su alrededor, le invade una ácida sensación de fracaso, y se tambalean su creencia y su fe,, agredidas y desprestigiadas de forma sistemática. Y cuando se rumorea el hundimiento financiero de la seguridad social y le aconsejan formar, precautoriamente, fondos de pensiones, confuso y asustado, piensa si en la vejez, cada día mas cercana, no tendrá que mendigar en las escalinatas de Nôtre Dame, de Paris. Por que, sin ninguna duda, para eso, sí que seremos europeos pasado el 93.

MIGUEL MOLINA

A handwritten signature in dark ink, appearing to read 'Miguel Molina', is written over a diagonal line that extends from the bottom right towards the center of the page.